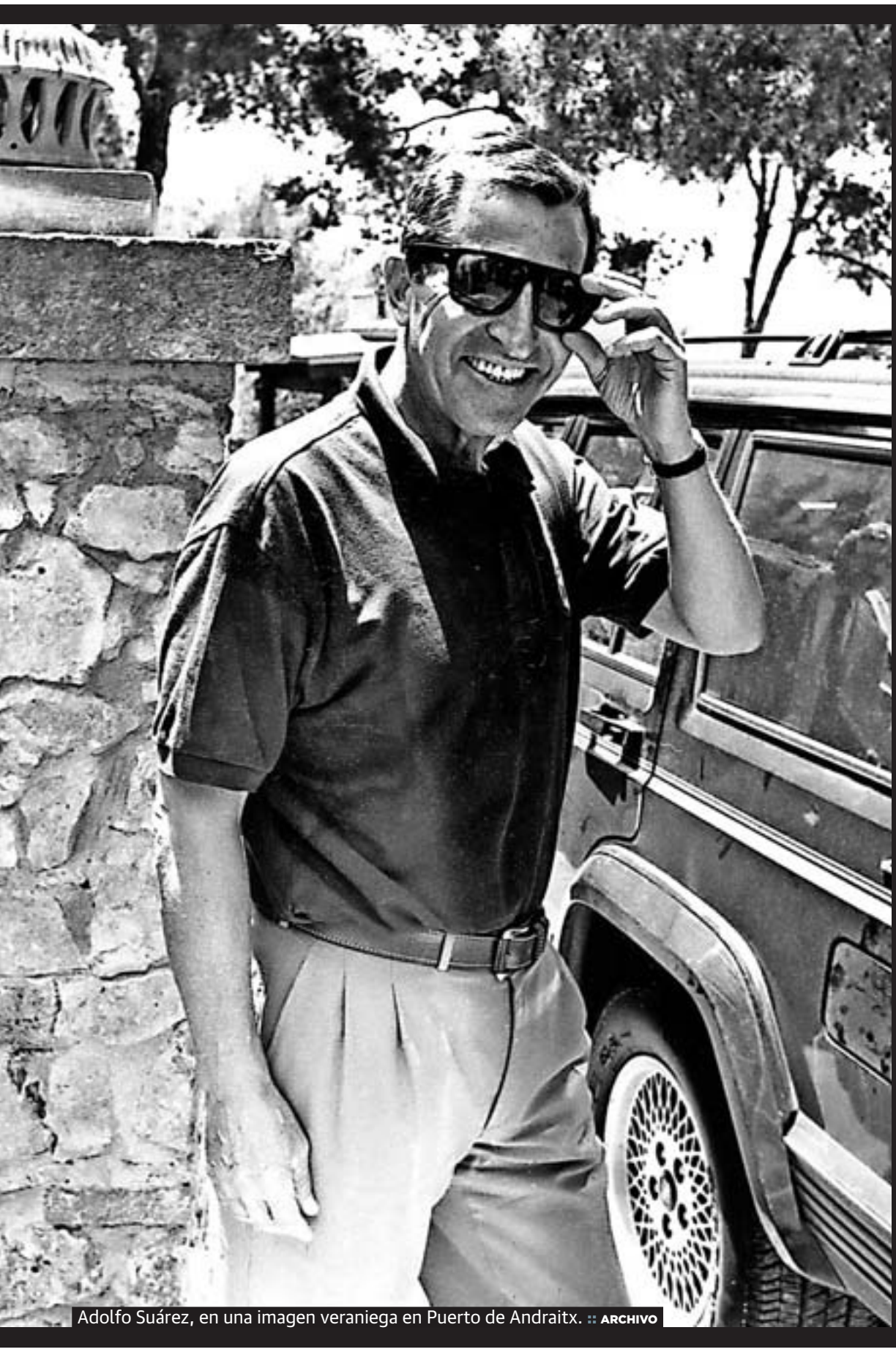

Adolfo Suárez, en una imagen veraniega en Puerto de Andraitx. :: ARCHIVO

En una reunión familiar. :: ARCHIVO

Con su madre, en Ávila. :: ARCHIVO

Una escena de la familia Suárez Illana. :: ARCHIVO

millaciones por parte de políticos de corto recorrido a quienes él había hecho ministros, decide crear otro partido, el CDS, convencido de que su gancho electoral continúa intacto. Fue como el regreso de Napoleón a Francia desde la isla de Elba. Obtiene unos resultados modestos en octubre de 1982 y consigue que se hable de él y su partido.

En 1986 se produce el espejismo de una veintena de escaños. Parecía que podía conseguir convertir al CDS en un influyente partido bisagra, al estilo de los liberales en Alemania, pero el globo se desinfla pronto: en cada elección posterior va perdiendo fuelle y en 1991 decide retirarse. Termina su carrera política. Desencantado y sin ilusiones, se centra en su tarea en el despacho que había montado antes y en el que había logrado trabajo gracias a sus amistades y su conocimiento de la maquinaria del Estado. Mantiene también una relación estrecha con el banquero de moda: Mario Conde. Pero no puede evitar que pronto se le asocie con la imagen del ídolo caído. Sus apariciones en los medios de comunicación se van espaciando, su sonrisa es cada vez menos abierta y su desbordante simpatía de antaño tiene ya un rastro de melancolía. Melancolía que se transforma en tristeza cuando a su esposa primero y a su hija Mariam después les diagnostican sendos tumores.

Los españoles no conocían otro político que mirara a la cámara con su convicción

Todo se viene abajo en apenas un par de años. El político ambicioso con el objetivo único del poder se convierte en una persona que inspira sobre todo compasión. Cuando en el 2001 Amparo muere, pierde todos los equilibrios y se sumerge en la oscuridad del alzhéimer. Tres años más tarde, después de haber luchado hasta la extenuación y haber escrito un libro cargado de esperanza, fallece también su hija. Dicen sus allegados que de eso no llega a enterarse. Meses antes, en uno de los mítines de la campaña de las autonómicas, había hecho su última aparición pública: su hijo Adolfo era candidato a presidente de Castilla-La Mancha por el PP, y él acudió medio engañado al acto. En el último momento subió al estrado, envejecido pero sonriente. A los más observadores no se le escaparon sus problemas de coordinación. Ni el patetismo de la imagen: el artífice de la Transición, que fue acorralado por políticos de segunda que luego se marcharon a Alianza Popular, regresaba para apoyar a su hijo, que había aceptado autoinmolarse como candidato de ese partido. Los españoles aún lo verán otra vez, en una instantánea en el jardín de su casa, de espaldas y caminando con el Rey, que parece guiarlo empujándolo suavemente con el brazo derecho sobre su hombro. Acaba de imponerle la medalla de la orden del Toisón de Oro.

En un momento de duda, durante su veloz carrera hacia la Moncloa, hace más de cuarenta años, Suárez ironizó sobre sí mismo asegurando que aunque tuviera que dejar la política siempre le «darían trabajo en El Corte Inglés». Se refería a su capacidad para vender proyectos e ilusiones. El triunfador que surgió de la nada en una pequeñísima capital de provincia y llegó a lo más alto se equivocaba en eso. El tiempo le llevaría a descubrir, con dolor, que el hombre en quien los españoles confiaron para el reto monumental de la Transición no conseguía ganarse su apoyo para el mucho más modesto de la gestión de la democracia. La suya fue la epopeya del hombre normal enfrentado a una tarea de gigante. Y en esa batalla gastó todas sus fuerzas.